

## LA SOCIEDAD TAINA

Por Frank Moya Pons.

LAS PRIMERAS NOTICIAS QUE llegaron a Europa dando cuenta de la existencia de unos pueblos diferentes en apariencia física, en costumbres y en creencias fueron las que el mismo Almirante Cristóbal Colón dio a los Reyes en una carta que dirigió a su amigo Luis de Santángel, el 22 de marzo de 1493, durante su retorno a Europa al final del primer viaje:

“La gente desta isla y de todas las otras que he fallado y habido noticia, andan todos desnudos, hombres y mugeres, así como sus madres los paren; aunque algunas mujeres se cobrian un solo lugar con una foja de yerba ó una cosa de algodón que para ello hacen. Ellos no tienen fierro ni acero...”

(...)

“Ellos tienen (en) todas las islas muy muchas canoas, a manera de fustas de remo; dellas mayores, dellas menores; y algunas y muchas son mayores que una fusta de diez y ocho bancos; no son tan anchas, porque son de un solo madero; mas una fusta no terná con ellas al remo, porque van que no es cosa de creer; y con estas navegan todas aquellas islas, que son innumerables y traen sus mercaderías. Algunas destas canoas he visto con setenta y ochenta hombres en ella, y cada uno con su remo.”

(...)

“En todas estas islas me parece que todos los hombres sean

contentos con una muger, y a su mayoral o Rey dan fasta veinte. Las mugeres me parece que trabajan mas que los hombres: ni he podido entender si tienen bienes propios, que me parecio ver que aquello que uno tenia todos hacian parte, en especial de las cosas comederas.”

(...)

“Así que monstruos no he hallado, ni noticia, salvo de una isla la segunda a la entrada de las Yndias, (la de Quarives) que es poblada de una gente que tienen en todas las islas por muy feroces, los cuales comen carne humana. Estos tienen muchas canoas, con las cuales corren todas las islas de India (y) roban y toman cuanto pueden. Ellos no son más diformes que los otros; salvo que tienen en costumbre traer los cabellos largos como mugeres, y usan arcos y flechas... Son feroces entre estos otros pueblos que son en demasiado grado cobardes.”

Estas noticias eran tan fabulosas que conmovieron a Europa, y esa carta conoció diecisiete ediciones que circularon ampliamente por el Viejo Continente antes de acabar el siglo XV. Esas informaciones de Colón, más las que se encargarían de dar en años posteriores otros testigos indicaban que los pueblos que habitaban las Antillas en esos años apenas si habían alcanzado un grado de civilización comparable al neolítico superior de los antiguos pueblos europeos. En este capítulo trataremos de presentar un panorama general de la situación de los primitivos habitantes de la Española.

En primer lugar, conviene establecer su procedencia. Aunque durante algún tiempo hubo quienes llegaron a creer que los nativos de Haití procedían de una de las tribus perdidas de Israel (Alberti Bosch) y más recientemente también hubo quienes creyeron que la población de las Antillas se derivaba de los antiguos pobladores de la Florida, (Paul Radin), hoy ya está perfectamente establecido que las Antillas —y, desde luego, la isla de Santo Domingo— se poblaron originalmente con grupos aborígenes provenientes de las Cuencas de los ríos Orinoco, en Venezuela, y Xingú y Tapajos en las Guayanas. Estos pueblos del nordeste de Sudamérica pertenecían a uno de los tres grandes grupos que poblaban ese Continente a finales del siglo XV, y actualmente conocidos como el tipo de población aborígen de *foresta tropical*, denominación utilizada para diferenciarlos del llamado *tipo marginal* que habitaba la parte más meridional del Continente, y del *tipo andino*, que se desarrolló a lo largo de los valles y altitudes y en los terrenos costeros al oeste de la Cordillera de

los Andes. Este último tipo fue el que más alto nivel de civilización alcanzó con el desarrollo de la cultura inca.

El tipo de foresta tropical, del que bien podría decirse que poseía una cultura de canoa, estaba compuesto por pueblos a quienes la agricultura ya empezaba a serles modo de vida. Pero por razones que desconocemos, fueran éstas de naturaleza ambiental en el sentido de no haber encontrado un habitat satisfactorio, o fuera por razones económicas, esto es, por falta de alimentos, hubo grupos que no pudieron sedentarizarse y emigraron adentrándose en el Mar Caribe en sus canoas, aprovechando las corrientes que crean las descargas de las aguas del Orinoco a lo largo del archipiélago de las Antillas Menores. Así fueron poblándose paulatinamente la mayor parte de esas islas, desde tiempos anteriores a la Era Cristiana. Esta ocupación, sin embargo, no parece haber sido continua, y los arqueólogos actuales convienen en que la misma se efectuó a través de varias oleadas migratorias a lo largo de más de doce siglos.

De acuerdo con Irving Rouse, quien es quizás la mayor autoridad en arqueología antillana, las investigaciones arqueológicas realizadas durante muchos años revelan en las Antillas cuatro momentos o períodos migratorios durante los cuales fueron ocupadas todas las islas. El primer nivel de ocupación corresponde a pueblos con una cultura de concha cuyas habitaciones estaban ubicadas a orillas de ríos, pantanos, ensenadas y bahías. Sin alfarería y sin agricultura estos pueblos, tal como muestran las evidencias arqueológicas, llegaron a ocupar algunas áreas de la Española y de Cuba, además, claro está, de las Antillas Menores. Estos pueblos han sido llamados *siboneyes* por Rouse utilizando la denominación que conoció Bartolomé de las Casas en sus tiempos. De ellos se llegó a creer que procedían de la Florida, pero tal hipótesis ha sido hoy descartada por completo, así como la hipótesis de su posible origen yucateco.

El segundo período u oleada migratoria desde América del Sur corresponde al nivel arqueológico que Rouse llama *Igneri*. Estos fueron pueblos del gran tronco *Arauaco* —del tipo de foresta tropical— que llegaron a ocupar casi todas las Antillas Menores, hasta las islas de Puerto Rico y Haití, desplazando o absorbiendo las posibles poblaciones *siboneyes* que encontraban a su paso. Su alfarería llegó a ser la más elaborada de todas las Antillas, y lamentablemente los restos arqueológicos no permiten establecer conclusiones más concretas sobre su sociedad y estilo de vida, salvo que posiblemente existiera entre ellos una cierta estratificación social, partiendo de la existencia de la posesión de cemíes.

El tercer período corresponde a la gran expansión arauaca que llevó a la eliminación de los remanentes siboneyes de Haití, Cuba, Jamaica y las Bahamas, con excepción de dos pequeños núcleos localizados en la Punta de Guanahatabibes en el extremo occidental de Cuba y aparentemente en zonas aledañas a Punta Tiburón en el extremo occidental del sur de Haití\*. Es durante este período donde se debe buscar el origen de un desarrollo independiente de las tradiciones culturales continentales que permitió que los habitantes de las Antillas Mayores desarrollaran una cultura diferente que se conoce actualmente con el nombre de *Cultura Taína*.

Arqueológicamente la alfarería de cada grupo se identifica de acuerdo con la tipología de Rouse: Carrier para Puerto Rico y República Dominicana y Meillac para Cuba y las Bahamas.

El cuarto y último período se inicia alrededor del siglo XI de la Era Cristiana con una nueva oleada de grupos pertenecientes igualmente al tronco arauaco, pero con características culturales diversas a las de los pobladores igneris y taínos. Son los *caribes*, grandes navegantes, bien ejercitados en el uso del arco y las flechas, comedores de carne humana, que no tardaron en asimilar los remanentes igneris de Trinidad y las Antillas Menores, comiéndose los hombres y esclavizando a las mujeres, quienes les servían como cocineras, tejedoras o alfareras. Por esta última causa la alfarería caribe es tan elaborada como la igneri. Cuando Colón descubre América, la marcha de los caribes los había llevado a tener ocupadas todas las Antillas Menores y a realizar incursiones frecuentísimas en Puerto Rico y la parte oriental de la Española, donde atacaban los poblados taínos y mantenían las poblaciones de esos lugares en constante asedio. Este último período también registra el último desarrollo de la cultura taína, especialmente de sus creencias religiosas.

El origen sudamericano de los aborígenes de la Española encuentra más de una prueba en las similitudes lingüísticas, en el uso del tabaco, en la técnica de la construcción de viviendas, en el cultivo del maíz y la yuca, en el uso de la hamaca y en la construcción y uso de canoas, además de las múltiples similitudes entre los diferentes estilos cerámicos descubiertos desde hace mucho tiempo y clasificados por sobresalientes arqueólogos. A medida que avanzan los estudios las conclusiones en este sentido se afirman más. Sin embargo, los restos de asentamientos taínos explorados en el curso de más de un siglo arrojan también una serie de objetos que no tienen antecedentes aparentes entre las tribus sudamericanas, como son, por

ejemplo, las piedras tricorne o trigonolitos, que eran utilizados con fines religiosos, y los grandes aros de piedra de uso todavía desconocido. Además, las tradiciones culturales relativas al uso de *naguas* por las mujeres, al tejido del algodón, al juego de pelota y al uso de ciertas insignias por los caciques sugiere la posible influencia de otros pueblos relacionados o en contacto con los grupos yucatecos. Precisamente, estas singularidades, cuya influencia yucateca aún no ha podido ser comprobada ni demostrada, tienen mucho que ver con una evolución independiente de las tradiciones continentales y conjuntamente con el desarrollo de un cuerpo nuevo de creencias religiosas, vigentes a la llegada de los españoles.

Los taínos llegaron a hacerse agricultores sin dejar por ello de vivir, al mismo tiempo, de la pesca y de la cacería. Su principal legado a la sociedad dominicana fué precisamente un conjunto de plantas domesticadas ya en Sudamérica, que ellos parecen haber traído consigo desde las primeras migraciones. La más importante de estas plantas fue la *yuca*. De ella sacaban el *cazabí*, que es el casabe actual, gracias a un procedimiento que se conserva casi igual hasta nuestros días. Su cultivo se realizaba pegando fuego al monte donde se quería aclarar la tierra y, luego, amontonando a trechos la tierra en cúmulos amplios encima de los cuales se plantaban las estacas. Estos montones tenían un perímetro de unos nueve a doce pies y estaban separados unos de otros a una distancia de dos o tres pies. Esta disposición de la tierra favorecía su oxigenación y, al mismo tiempo, permitía a las raíces crecer más fácilmente. Los montones se construían en hileras de varios miles de largo y de otros tantos de ancho cubriendo áreas extensísimas de terreno. Hallazgos arqueológicos realizados en la región oriental del país comprueban la considerable extensión de algunas importantes zonas yuqueras. Esta disposición de sembrar tan grandes cantidades de yuca fue registrada históricamente por Las Casas, quien dice que en 1496 el Cacique Guarionex queriendo escapar de un tributo en oro impuesto por Colón le ofreció a cambio cultivar todos sus dominios, de costa a costa, de yuca, y que en 1498 Bartolomé Colón hizo sembrar en los alrededores de Santo Domingo unos 80,000 montones, los cuales puso a cargo de un cacique de los alrededores. Además, posteriormente, hubo zonas controladas por los españoles dedicadas a la plantación de enormes cantidades de yuca para la exportación de casabe hacia otras partes de las Indias. Hubo lugares donde fueron sembradas plantaciones de unos 30,000 montones de largo y unos diez mil de ancho. El único cuidado que requerían estas plantaciones

era el desyerbo un par de veces durante el año. El nombre de estas plantaciones de yuca era en lenguaje taíno la palabra *conuco*.

El casabe era el pan de los indios. Después de la llegada de los españoles se convirtió en el “pan de las Indias”, pues los españoles pronto se acostumbraron a su sabor y, además, la falta de harina de trigo proveniente de Castilla los forzó a consumir casabe en las más diversas circunstancias. Los taínos lo preparaban quitando la cáscara de la yuca con unas conchitas de caracoles como almejas y luego rallando todo el cuerpo blanco de la raíz sobre unos ralladores hechos de piedra volcánica muy áspera que ellos llamaban *guariquetén*. Cuando el casabe era destinado al cacique los ralladores estaban forrados de piel de algún pescado cuya aspereza daba una ralladura más fina. Una vez rallada, la masa era dejada en reposo hasta el otro día, cuando se la introducía en unos canutos de madera, posiblemente de bambú, llamados *cibucán*, para ser exprimida introduciendo en ellos un palo dispuesto convenientemente. Ese zumo era altamente venenoso, a menos que se le dejara unos días y luego se hirviera, de lo cual salía entonces una bebida muy estimada por los indios. La masa resultante, dura y seca, era tamizada luego en un cedazo hecho de cañas de yerba para eliminar las partes de la yuca que no habían quedado bien ralladas. Esa harina resultante era entonces colocada en unos moldes planos con un pequeño borde que se colocaban al fuego sobre tres o cuatro piedras para cocer el casabe. Esos moldes eran conocidos con el nombre de *burén*, y en ellos la masa se cocía durante unos quince minutos de cada lado, hasta que la torta salía completamente cocinada y se sacaba utilizando una especie de palas anchas hechas de *yaguas*. Finalmente, las tortas, se ponían al sol durante dos o tres horas para terminarlas de tostar. El casabe era comido generalmente introduciéndolo por pedazos en los caldos que cocinaban las mujeres. Todo el trabajo era hecho por mujeres, desde el raspado hasta el cocido. El rendimiento promedio por cada mil montones de yuca era unas doscientas arrobas de casabe, es decir, unas cinco mil libras. De acuerdo con Bartolomé de las Casas, cada indio podía disponer de unas dos arrobas mensuales para comer en abundancia y tener con qué mantenerse.

Entre los otros cultivos importantes estaba el *maíz*, palabra que pasaría más tarde al Continente para los españoles seguir refiriéndose a este grano. El maíz era comido tierno, crudo o asado. Era sembrado y cosechado dos veces al año, siguiendo la misma técnica de desmonte utilizada para preparar los conucos de yuca. Una vez aclarado el campo, los indios avanzaban en hileras con un palo puntiagudo en la mano, dando a cada paso un golpe en la tierra y

dejando caer en cada hoyo siete u ocho granos de maíz con la otra mano. Después que las plantas germinaban ponían bastante cuidado en desyerbar el campo hasta que espigaban y echaban mazorcas. Los maizales eran bastante azotados por las cotorras y otras aves, por lo cual los indios ocupaban a los muchachos como guardianes encaramados en los árboles, en unos andamios llamados *barbacoas*, desde donde voceaban y gritaban cada vez que se acercaban estos pájaros.

Otros cultivos que componían parte de la dieta vegetal de los taínos eran las *batatas*, que ellos comían asadas o hervidas; los *lerenes*, que comían igualmente asados o cocidos; el *maní*, el cual comían acompañado de casabe para obtener mejor sabor; los *ajes* (*ñames?*) y las *yabutías*. Además de estas plantas, los indios apreciaban grandemente el *axí*, que ellos comían cocido, asado o crudo, en cualquiera de las tres especies que parece haber habido en la Isla antes de la llegada de los españoles.

La mayor parte de las proteínas las obtenían los indios de los animales que conseguían por medio de la caza y de la pesca. Pese al alto número de habitantes que parece haber existido en toda la Isla a finales del siglo XV, todavía a la llegada de los españoles había un gran número de *jutías*, *curies*, *quemies* y *mobies*, roedores cuya carne era muy apreciada por los taínos. Estos eran perseguidos por los montes por grupos de indios que ponía fuego al bosque y los ahuyentaban hacia las *sabanas*, o llanos descubiertos, donde había otros indios esperando los animales para atraparlos. También cazaban corrientemente *iguanas* y culebras que comían con deleite. De las iguanas llegaron a decir los españoles que las probaron que sabían a pechuga de gallina y eran muy sabrosas. En cuanto a las aves, parece que la cacería era dejada a los muchachos que subían a los árboles y atrapaban cotorras, palomas y patos. La pesca era numerosa tanto en los ríos como en el mar y, a pesar de la bien establecida tradición agrícola, los taínos seguían haciendo uso de redes y anzuelos hechos de huesos de pescados para atrapar lisas, *xureles*, pardos y dorados bien adentro en el mar desde sus canoas. En los ríos atrapaban róbalos, *dahos* o dajaos, *zages* o zagos, *diabacas*, camarones y *xaibas*. No comían *hicoteas* por considerar que las mismas producían sífilis o bubas. Hay evidencias posteriores al Descubrimiento que señalan que los taínos también gustaban de comer gusanos, caracoles, *lambí* y murciélagos, arañas y otros insectos. Con el uso de arpones se dedicaban a la pesca del manatí, que abundaba en algunas costas de la Isla.

Además de la agricultura, la caza y la pesca, los taínos trabajaban en la construcción de sus viviendas, llamadas comúnmente por ellos *buhíos*, que eran de dos tipos bien definidos. El tipo más corriente era de planta circular que poseía el techo cónico y estaba sostenido por postes dispuestos alrededor de un poste central, donde se hacía descansar el techo, fabricado, al igual que las paredes, de yerbas, yaguas y *bejucos*. El nombre particular de estos bohíos era *caney*. Su tamaño variaba de acuerdo a la voluntad de sus constructores. El otro tipo era de forma rectangular, más amplio, aunque hecho de los mismos materiales y se construía preferentemente para los caciques. Su techo era a dos aguas y las casas principales estaban dotadas de una marquesina o zaguán para recibir a los que llegaban.

En sus casas, las mujeres se dedicaban a la fabricación de objetos de barro, tales como ollas, vasijas, burenes, potizas, tinajas y otros utensilios para cocer sus alimentos. La profusión con que fabricaron estos objetos es verdaderamente abrumadora, como han comprobado los arqueólogos. Existen evidencias indirectas, —algunas de ellas puramente lingüísticas— de que los taínos también practicaron extensamente actividades de cestería. El *macuto* era utilizado para llevar las semillas de maíz al campo en el momento de la siembra. Conviene especificar que tanto las obras de cerámica como las de tejidos de fibras eran realizadas a mano sin el concurso del torno ni del telar, pues ninguno de estos dos instrumentos fueron conocidos por los taínos. Otra actividad que también desarrollaron fue la fabricación de vasijas, cucharas y vasos utilizando el fruto del *bigüero*, que ellos sembraban con estos propósitos. La construcción de *canoas* para la navegación por las costas y las islas debía consumir también bastante tiempo y debía ser obra de especialistas, pues la misma exigía conocimientos muy especiales. Las canoas eran construídas utilizando un solo tronco, generalmente de *caoban* o caoba y del árbol llamado *ceiba*. La fabricación de *macanas* de madera de palma debía ser actividad de los hombres, así como la de las hachas de piedra que ellos utilizaban para diferentes usos, entre ellos militares. El fuego era conservado, generalmente, pero cuando se extinguía se hacía de nuevo utilizando para ello un palillo pulido frotado sobre otras dos astillas, todos extraídos del árbol de *guázima*.

La familia taína, entre la gente común, era monógama, aunque entre los *caciques* y hombres principales, los llamados *nitaynos*, la poliginia era un hecho común. Oviedo dice que “en esta isla cada uno tenía su mujer, e no más, y los caciques o reyes tres e cuatro e cuantas querían.” Todo lo cual sugiere la existencia de estratos

sociales cuya diferenciación se basaba en la disponibilidad de medios económicos y en el ejercicio del poder político, como se dirá más adelante. Aparentemente, tanto las familias corrientes como las familias de los caciques y nitaynos eran familias extendidas o ampliadas, pues hay noticias que indican que dentro de cada bohío o casa convivían varias parejas con sus hijos o uniones matrimoniales. La autoridad principal de la familia estaba en las manos del marido, y la estructura de las mismas sugiere que el patriarcado fue la forma predominante. Sin embargo la herencia y la sucesión correspondían a una organización matrilineal que consistía en lo siguiente: al morir el padre o el cacique, en las familias importantes, la herencia pasaba a su hijo mayor, pero a falta de éste pasaba al hijo o hija mayores de la hermana del muerto “porque decían que aquél era más cierto sobrino o heredero (pues era verdad que lo parió su hermana)...” Esto era así, debido a que el hijo de la hermana con toda seguridad llevaba sangre del muerto, por ser su hermano, pero dado que entre los nobles la vida sexual no estaba muy restringida y las mujeres gozaban de muchas libertades, no había seguridad de que los hijos de la mujer del hermano del muerto fueran hijos de este hermano y, por lo tanto, había el peligro de que la herencia y la sucesión pasaran a un individuo con sangre ajena a la familia. (Oviedo).

La existencia de estas normas tan precisas que establecían la costumbre sucesoral de los taínos también sugiere la correspondencia entre las estructuras de familia ampliada con la organización en *clanes*, como unidades más amplias de organización social y familiar. La organización de estos clanes era, como hemos dicho, matrilineal en razón del interés de asegurar a través de la adscripción a la madre la herencia de bienes y la sucesión política. Estos clanes eran exógamos, y es probable que esto explique el por qué de ese horror al incesto entre los taínos, que fue inmediatamente notado por los españoles. Como consta en las crónicas, el incesto era visto como presagio de una “mala muerte” por los indios, lo que parece haber sido la forma de control “ideológica” de los clanes para mantener su exogamia. El castigo social para el incestuoso consistía en el extrañamiento del clan “aborrescido de todos los suyos e de los extraños”, lo cual significaba el peor estigma que podía caer sobre un individuo perteneciente a una sociedad donde la vida en comunidad era el único universo posible. “De esta manera, dice Las Casas, crecían, se multiplicaban y conservaban por industria, regimiento, prudencia e imperio del padre de familias, que era cada uno en su casa, y de una, creciendo los linajes, se hacían y procedían muchas, y de muchas juntas se hacían barrios”.

El número de hijos variaba entre tres y cinco, los cuales convivían con sus padres, aparentemente en la casa de los abuelos paternos. Allí eran educados por sus madres, por sus padres y por los viejos del clan. Esto quiere decir que la educación era al mismo tiempo una responsabilidad familiar y social. En el seno de las familias se socializaban recibiendo los valores y las costumbres en uso, lo cual recaía preferentemente sobre los padres y las madres: “ellas, se ocupaban en nutrir y criar con suma diligencia los hijos; ellos, después de criados, doctrinallos en sus costumbres, informallos e instruillos en lo que adelante habían de hazer cada uno en sus oficios y ejercicios; ellos sembrar los maíces y los otros panes, poner los algodones y otras plantas y arbustas plantas o arbolecillos de que sacaban materia como de cañamo o lino —cabulla—; ellas, cardallo, hilallo, tejello y cosello por harta industria y artificio...” De esta manera, la socialización familiar preparaba a los hijos para vivir conforme a la división natural del trabajo basada en la diferenciación sexual, que era prevalenciente entre los taínos. Esta división del trabajo echaba más cargas sobre las mujeres que sobre los hombres, hecho que no pasó desapercibido ni siquiera para Colón, pues las mujeres, además de tejer las hamacas, también debían cocinar, fabricar el casabe, hacer los *guayos* y fabricar todos los utensilios de uso doméstico que eran necesarios para la vida familiar. Los hombres se ocupaban de las labores de la siembra —labor esencialmente masculina en pueblos donde la Tierra es vista como una entidad femenina, como era el caso de los taínos—, en actividades pesqueras y en la cacería, además de la construcción de los bohíos que, como hemos dicho, eran construídos para alojar unas diez parejas con sus hijos.

En sus momentos de ocio, los hombres también se dedicaban al comercio: “lo que no tenían dentro de la casa íbanlo a comutar con otros vecinos, lejos o cerca, por cosas que ellos tenían y por aquellas que llevaban,” dice Las Casas. Oviedo, por su parte, también dice: El trueque de los excedentes de la producción doméstica por objetos necesarios para el consumo o uso familiar era la forma de intercambio comercial existente entre los taínos. Los juegos de pelota servían de ocasión para estas actividades y los *bateyes* de la zona central de los pueblos hacían las veces de mercados o ferias para intercambiar productos. “En estas islas comutaban sus cosas largamente de esta manera: que si yo tenía una cosa por preciosa que fuese, como un grano de oro que pesase cient castellanos, lo daba por otra que no valía sino diez, y esto acostumbraban mucho en los juegos de pelota: cada uno ponía lo que tenía, no curando si era

mucho mayor. De estas y otras maneras adquirirían pecunias o cosas que le valían... y así adquirirían sus posesiones.” A diferencia de los incas que usaban la *coca* como moneda, y de los aztecas que usaban semillas de *cacao*, los taínos no llegaron a poseer ninguna moneda.

Uno de los rasgos más notables de la sociedad taína fue el alto grado de solidaridad social entre sus miembros o, por lo menos, entre los miembros de los diversos clanes que se agrupaban en pueblos, pues tanto Las Casas como Oviedo hicieron notar que difícilmente había reyertas entre ellos. La misma estructura social contribuía a fomentar ese sentimiento de unidad tribal, pues estando la misma organizada matrilinealmente con una tradición de residencia patrilocal, a medida que se ampliaban las familias y los clanes y aumentaba el número de matrimonios exógamos, los lazos entre diferentes clanes, grupos locales y tribus se iban haciendo más numerosos y, teóricamente, más sólidos. Hay diversos testimonios que aseguran que los pueblos se hacían de la ampliación y crecimiento de los clanes que convivían juntos. El matrimonio se llevaba a cabo a través de un ceremonial aparentemente equivalente a la *compra de la novia* que es común en muchos pueblos no ilustrados. La misma se llevaba a cabo dando regalos a la familia de la novia, generalmente collares hechos de piedrecillas o huesos. La violación del compromiso de entrega de la novia, de un clan a otro, sí podía ser causa de desavenencias y conflictos. Dice Las Casas que “en esta isla Española algunas guerrillas supimos que tenían entre sí sobre los casamientos si el señor o rey de una provincia prometía su hija casalla con uno y después la daba a otro, rescibiendo algunas preseas o joyas de las que entre ellos eran estimadas, que eran harto pocas, porque no eran sino unas piedras ensartadas como cuentas, casi de la hechura de un dado, aunque no esquinadas, sino redondas...”

Por otra parte, el hecho de que también hubiesen guerras —“guerrillas”— provocadas por incursiones de otros grupos en territorios que un grupo consideraba suyo, sugiere que la organización social de los taínos había llegado a la integración de los clanes en unidades más amplias que se identificaban a sí mismas con determinadas unidades territoriales. El origen de este desarrollo puede haberse debido al desmesurado crecimiento y ampliación de las familias y de los clanes, que sin perder la unidad inicial fueron creando grupos locales separados de los poblados originales, aunque dependientes de la autoridad central colocada en las manos de los hombres viejos y “padres” de cada uno de los clanes. Este sentimiento de unidad tribal fue hecho constar varias veces por Las

Casas: “También se revolvían sobre que no cazasen los conejos o hutías que arriba dejamos, ni pescasen en los ríos de la tierra o dentro de los términos del señorío de otro rey o señor, y por otras niñerías semejantes, así que como todos eran labradores y hacían otros oficios necesarios, así todos eran peleadores y guerreros y tenían sus armas cada uno en su casa, que eran sus arcos y flechas y unas varas como dardos, las cuales tiraban con gran industria y sutileza...” Con todo, entre los diversos grupos *taínos*, estas pugnas no parecían ser tan frecuentes como entre éstos y los *caribes* que, como se sabe, a la llegada de los españoles a finales del siglo XV habían penetrado tan lejos en sus incursiones guerreras como para mantener en hostigamiento permanente a los habitantes de *Borinquen* (Puerto Rico) y a los pobladores de la región de *Higüey*, al este de Haití. Contra los caribes peleaban los taínos unidos, pues ellos constituían el peligro más grande de extinción para éstos últimos, ya que el motivo de las incursiones era apropiarse de los hombres para comerlos y de las mujeres taínas para esclavizarlas y hacerlas tener hijos que serían castrados, engordados y luego comidos como sus padres.

Todos los taínos de las grandes islas tenían conciencia del peligro caribe, pues en Cuba y las Bahamas Colón fue informado sobre su canibalismo y su fiereza. Es probable que la existencia de ese peligro común sirviera de catalizador para que las diferentes tribus de Haití se inclinaran a confederarse. El sistema de cacicazgos encontrado por los españoles sugiere la existencia de una confederación general de tribus taínas que se consideraban a sí mismas componentes de una sola sociedad. Los hábitos, las creencias, el lenguaje y la organización social comunes, además de las facilidades de comunicación entre diferentes tribus para intercambiar bienes favorecen esta hipótesis. Ahora bien, esta confederación no parece haber llegado a constituirse en un Estado unificado, aunque aparentemente estaba en vías de realización. La existencia de cinco grandes centros de poder, puede servir de argumento en este sentido. Pero el hecho de que a la llegada de los españoles se notaran signos de integración matrimonial entre gobernantes de por lo menos dos cacicazgos —Maguana y Xaraguá—, a través de Behechío, Anacaona y Caonabo—, sugiere que la tendencia política era la de establecer vínculos dinásticos entre los diferentes centros que eventualmente conducirían a la unidad. Otra razón en favor de la hipótesis de la evolución hacia el Estado lo constituye la existencia de capas sociales dentro de la sociedad taína, organizadas en forma piramidal que ejercían el poder en forma muy poco o nada democrática.

Se sabe que las decisiones de ir a la guerra eran tomadas nada más que entre los principales, sin participación del grueso de la población. Entre estos principales se destacaba mucho la figura del *behique* o *bubitibu*, que hacía las veces de sacerdote y ejercía un poder considerable sobre todos los individuos, pues actuaba no solamente como intermediario entre los hombres y sus divinidades, sino también como curandero. Sin su parecer, dice Oviedo, no emprendían ni hacían cosa alguna que de importancia fuese. Es probable que la selección del behique se realizara después de haber mostrado sus dotes como intérprete de sueños y como adivinador del futuro, hábito que era muy practicado por los taínos. Como quiera que fuese, el hecho es que los caciques tomaban muy en cuenta sus palabras y estos “médicos-hechiceros” debían ejercer gran influencia en el gobierno de las tribus.

El gobierno era ejercido por el *cacique* y los “principales” de cada comunidad o grupo. Estos “principales” eran conocidos con el nombre de *nitaynos*, que actuaban como asistentes de los caciques. Qué fueron los nitaínos, realmente, es hoy algo difícil de precisar. Por un lado, podían ser los parientes más cercanos del cacique por línea materna, pero otra hipótesis razonable también nos permitiría pensar que fueran los jefes más importantes de los clanes, que por la indudable influencia que ejercían sobre los miembros de los mismos debían formar el enlace necesario entre el cacique y el resto de la población organizada primordialmente a través de lazos muy fuertes de consanguinidad. En el primer caso estaríamos frente a una sociedad estratificada en dos clases, siendo la primera la dueña de toda la tierra que era trabajada por una población sometida y obligada a la servidumbre. Pero este modelo habría requerido la existencia de instituciones de coerción social que no aparecen en las fuentes sobre la sociedad taína.

Lo que parece más probable es que políticamente la sociedad taína estuviese organizada conforme al segundo modelo en el sentido de que el cacique fuese asistido por un consejo de ancianos jefes de clanes y de tribus confederados en unidades políticas más amplias que a la llegada de los españoles se encontraban en transición hacia la formación de un Estado. De esta manera es como puede explicarse que la propiedad de la tierra fuera común y que la misma fuera trabajada conjuntamente por todos los individuos de la tribu que se identificaban a sí mismos con el cacique, cuya legitimidad debía residir en ser aceptado por los jefes de los clanes. La riqueza de los caciques, que les permitía mantener usualmente seis o siete mujeres y sus hijos, no provenía de la imposición de tributos sobre el grueso de la población, puesto que ésta gozaba de un amplio grado de libertad,

sino del trabajo de una capa de siervos llamados *naborías*, que se encontraba socialmente por debajo de los taínos. Es probable que esos siervos fuesen descendientes de pobladores más antiguos —quizás los *igneris*— que fueran sometidos por los taínos. Así, pues, esta diferenciación social entre caciques y nitaynos que vivían del trabajo de las naborías, por un lado, y la gente común, por el otro, no era tal que impidiera la existencia de un “comunismo primitivo” entre los aborígenes de Haití. Antes al contrario, la existencia de las naborías como capa aislada dedicada al mantenimiento de los caciques y sus familias permitía al grueso de la población compartir sus bienes y servicios en forma colectiva, en vez de tener que trabajar para mantener a sus gobernantes. Dice Las Casas que esclavos “en esta isla ninguno hobo entre los indios”, ya que el trabajo lo hacían generalmente las mujeres y los hijos: “y porque no tenían esclavos comúnmente, si no eran los señores y reyes, las mujeres y los hijos todo lo que había que hacer dentro y fuera de la casa suplían según lo que a cada uno pertenecía.”

Gonzalo Fernández de Oviedo —lo mismo que Las Casas— dice que las confederaciones de tribus indias eran cinco a la llegada de los españoles. Sus jefes eran llamados *caciques*, “debajo de los cuales había otros caciques de menor señorío, que obedescían a alguno de los cinco principales. E así, todos cinco eran obedescidos de los inferiores que mandaban o eran de su jurisdicción e señorío, e aquellos menores venían a sus llamamientos de paz o de guerra, como los superiores ordenaban, e mandábanles lo que querían. Los nombres de los cinco eran éstos: Guarionex, Caonabo, Behechío, Goacanagari, Cayacoa”.

“Guarionex tenía todo lo llano e señoreaba más de sesenta leguas en el medio de la isla. Behechío tenía la parte occidental de la tierra e provincia de Xaraguá, en cuyo señorío cae aquel gran lago de que en adelante se dirá. El cacique o rey Goacanagarí tenía su señorío a la parte del Norte, dende y en cuya tierra el almirante dejó los treinta y ochos cristianos, cuando la primera vez vino a esta isla. Cayacoa tenía la parte del Oriente desta isla, hasta esta cibdad e fasta el río de Haina, e hasta donde el río Yuna entra en la mar, o muy poco menos; y, en fin, era uno de los mayores señores de toda esta tierra, e su gente era la más animosa por la vecindad que tenía de los caribes. Y aqueste murió desde a poco los cristianos comenzaron a le hacer la guerra; e su mujer quedó en el Estado, e fue después cristiana, y se llamó Inés de Cayacoa. El rey Caonabo tenía su señorío en las sierras, y era gran señor y de mucha tierra. Este tenía un cacique por su capitán general en toda la tierra, e la mandaba en su nombre, que se

decía Uxmatex; el cual era bisco o bisojo, y era tan valiente hombre que le temían todos los de la isla. Este Caonabo casó con Anacaona, hermana del cacique Behechío, e seyendo un caribe principal, se vino a esta isla como capitán aventurero, y por el ser de su persona, se casó con la susodicha e hizo su principal asiento donde agora está la villa de Sanct Juan de la Maguana, e señoreó toda aquella provincia.”

“Nunca habían ni acaescían guerras o diferencias entre los indios desta isla sino por una destas tres causas: sobre los términos e jurisdicción, o sobre las pesquerías, o cuando de las otras islas venían indios caribes flecheros a saltar. Y cuando estos extraños venían, o eran sentidos, por muy enemigos e diferentes que los principes o principales caciques desta isla estuviesen, luego se juntaban y eran conformes, y se ayudaban contra los que de fuera venían.”

Estas informaciones indican que ya los caribes habían penetrado lo suficiente como para ser aceptados por los taínos a cambio, posiblemente, del abandono de su canibalismo. Incluso ya había una zona de la Isla en donde la penetración caribe era notable por el uso de arcos y flechas por sus habitantes, que era la zona de los *ciguayos*, en el nordeste de la Isla. Estos ciguayos debían ser el resultado de un proceso de integración de grupos caribes con grupos taínos en las regiones de Samaná y lo que es hoy Río San Juan, Cabrera y Nagua. La aculturación sufrida por estos grupos los había llevado a olvidar su lengua y a hablar la de los taínos, aunque no totalmente, pues Las Casas señala que por esa región, en la provincia de Macorix arriba, todavía había grupos que hablaban “un lenguaje extraño, cuasi bárbaro” diferente del que compartían todos los pueblos de las Antillas Mayores. Aunque usaban arcos y flechas, también habían perdido la costumbre de envenenar sus dardos con el zumo de la planta llamada *gua*o como acostumbraban los caribes. Su origen caribe, que se infiere de la lectura de la *Historia* de Oviedo, parece mucho más probable que la hipótesis de Svén Lovén, quien llegó a considerar que los ciguayos representaban una migración separada de las demás oleadas provenientes de Sudamérica, pues además de esos rasgos mencionados, también pueden ser señalados sus gustos por pintarse de negro y rojo, al igual que los caribes, para parecer más temibles en la guerra y por la costumbre de dejarse el cabello largo como mujeres al igual que los caribes. Su jefe, durante la administración de Cristóbal Colón en la Española, se llamaba Mayobanex, y, a juzgar por las palabras de Oviedo, el mismo estaba sometido a la autoridad de Caonabo. Esta influencia de Caonabo sobre los ciguayos, siendo Caonabo de origen caribe, sirve también

para reforzar la hipótesis del origen caribe de los ciguayos. Ellos fueron los que atacaron a Colón durante su primer viaje en el paraje que el Almirante bautizó con el nombre de *Golfo de las Flechas*.

Todos los nativos de la Española hablaban un lenguaje común y compartían un credo religioso igualmente común. Su origen sudamericano era tan remoto que ya lo habían olvidado y se consideraban a sí mismos como los originales pobladores de la Isla. La evolución de un cuerpo de creencias religiosas diferentes a la de sus antepasados continentales marca la diferenciación cultural definitiva de los taínos con los antecesores arauacos continentales y puede utilizarse como criterio para establecer cuando empezó a conformarse una cultura taína cuyo desarrollo fue interrumpido por la llegada de los europeos. Ese olvido de sus orígenes es bastante patente en sus mitos sobre la Creación, en los cuales se refleja también grandemente la profunda integración ecológica que existía entre los taínos y su medio ambiente. Esos mitos y otras creencias de los taínos fueron recogidos por el fraile Ramón Pané por órdenes de Cristóbal Colón, quien estaba interesado en obtener informaciones sobre las creencias religiosas de los indios.

Según los interrogados por Pané, el sol y la luna habían salido de una cueva llamada Jovovava. En ese tiempo no había mar y el género humano habitaba en dos cuevas de las montañas llamadas Cacibayagua y Amayauba. De la primera “salió la mayor parte de la gente que pobló la isla. Cuando vivían en aquella gruta, ponían guardia de noche, y se encomendaba este cuidado a uno que se llamaba Marocael.” Este tenía como deber hacer guardia y vigilar la salida de la gente de la cueva para repartirla por la tierra. Pero un día, este guardián se retrasó en llegar a la puerta y el sol lo atrapó con sus rayos convirtiéndolo en piedra cerca de la puerta. Así también atrapó el sol a otro, a quien convirtió en rruiseñor cuando iba al amanecer a buscar una yerba llamada *digo* —posiblemente el *cundeamor*— con la cual se lavaban los habitantes de las cuevas. Otros habían sido convertidos en árboles llamados *jobos*, al ser atrapados por el sol mientras pescaban.

Con estas experiencias hubo un indio llamado Guaguayona que indignado decidió marcharse de aquel lugar llevándose consigo a todas las mujeres, a quienes él invitó a abandonar a sus maridos y a sus hijos. Los niños fueron abandonados junto a un arroyo, y ahí lloraron de hambre pidiendo las tetas de sus madres y se convirtieron en ranas. Las mujeres, por su parte, también fueron dejadas en una región llamada Matininó, “y de esta manera quedaron todos los

hombres sin mujeres,” especialmente Guaguyona y un cuñado suyo que lo había acompañado en el éxodo desde Cacibayagua.

La nostalgia de los hombres por las mujeres los llevaba a salir a buscar sus huellas en los días de lluvia, pero siempre infructuosamente. Hasta que un día, en que habían ido a lavarse al río, los hombres “vieron caer de algunos árboles, colándose por las ramas, una cierta forma de personas, que no eran ni hombres ni mujeres, ni tenían sexo de varón ni de hembra. Procuraron cogerlas; pero se escurrían como si fuesen anguilas.” Por ello el cacique de estos hombres mandó a buscar varios individuos que padeciesen de una enfermedad que los indios llamaban *caracaracol*, parecida a la roña, para que con sus manos ásperas pudiesen atrapar aquellos extraños seres. “Después que las hubieron cogido, tuvieron consejo sobre el modo cómo podrían hacer que fuesen mujeres, pues no tenían sexo de varón ni de hembra.” Para ello, ataron de pies y manos a aquellas criaturas, y les colocaron un pájaro carpintero sobre el cuerpo. “El pájaro, creyendo que eran maderos, comenzó la obra que acostumbra, picando y agujereando en el lugar donde ordinariamente suele estar el sexo de las mujeres. De este modo dicen los indios que tuvieron mujeres, según cuentan los más viejos.” A partir de entonces, con permiso del sol, los hombres y las mujeres pudieron andar en la luz del día, según cuenta también Hernán Pérez de Oliva en su versión del mito extraída aparentemente de la Relación de Pané.

Otro mito, que sugiere cierto paralelismo con los mitos asiáticos y yucatecos del diluvio universal, era el de la creación del mar. Según los taínos hubo un hombre —un Rey, dice Pérez de Oliva— llamado Yaya que tenía un hijo llamado Yayael. Este quería matar a su padre, pero el padre lo desterró y más tarde lo mató colocando sus huesos en una calabaza, que colgó en el techo de su casa. Con todo, un día, Yaya quería ver a su hijo y junto con los huesos de su hijo se habían convertido en peces, que ellos decidieron aprovechar para comérselos. Pero un día, estando Yayael y su mujer en sus conucos, llegaron los cuatro hijos de una mujer que había muerto en un parto cuádruple y uno de ellos descolgó la calabaza, de donde empezaron a comer peces. Entonces sintieron que Yayael regresaba “y queriendo en aquel apuro colgar la calabaza, no la colgaron bien, de modo que cayó en tierra y se rompió. Dicen que tanta fue el agua que salió de aquella calabaza, que llenó toda la tierra, y con ella salieron muchos peces; y de aquí dicen que haya tenido origen el mar”.

Estos mitos y otras creencias eran transmitido oralmente de

generación en generación por aquellos ancianos más respetados de las familias, los clanes y las tribus. Los mismos componían parte de todo un cuerpo de creencias organizado en versos medidos que eran cantados en los *areytos* siempre de la misma manera, “porque los que añaden u olvidan no pudiesen fácilmente corromperlas.” (P.O.) Los *areytos* eran celebraciones de cosas pasadas acaecidas al clan o a la tribu o al cacicazgo, que convenían ser conservados. Su forma sugiere que los mismos tenían un propósito eminentemente didáctico y tendían a reforzar más los lazos de unidad existentes entre los diversos miembros de cada grupo, creando entre ellos un sentimiento de identidad y un sentido de participación en una historia común. “... sus cantares, que ellos llaman areitos, es su libro o memorial que de gente en gente queda, de los padres a los hijos, y de los presentes a los venideros,” dice Oviedo.

Los *areytos* se celebraban como bailes cantados, dirigidos por una persona principal que recitaba las historias danzando en cierto contrapaso. Esas historias eran repetidas en voz más alta por un coro danzante compuesto por hombres, unas veces, o por mujeres, otras, o por grupos mixtos en muchos casos. Algunas veces, los cantos se acompañaban con el ritmo de un tambor de madera ahuecada, y en celebraciones muy importantes durante el baile se repartían unos brebajes que embriagaban a los danzantes hasta tumbarlos al suelo. En los *areytos* familiares no se bebía y muchas veces se celebraban por pura diversión, recitando cosas ingeniosas inventadas por los participantes sin preocupaciones por contar cosas pasadas.

El aspecto práctico de su religión era desempeñado por los *bebiques* o médicos-hechiceros, que hacían amplio uso de la magia para sanar enfermos. Estos *bebiques* “eran grandes herbolarios e tenían conocidas las propiedades de muchos árboles e plantas e hierbas; e como sanaban a muchos con tal arte, teníanlos en gran veneración e acatamiento, como a sanctos; los cuales eran temidos entre esta gente como entre los cristianos los sacerdotes.” Estos médicos-hechiceros siempre andaban acompañados con sus *cemíes*, a los cuales les asignaban propiedades curativas. Sus funciones estaban especialmente ligadas al uso del *tabaco* y la *cohoba*, que eran inhalados para vomitar y purificarse y entrar en trance en las casas de los enfermos antes de proceder a las curaciones. Todos esos aspectos, mágicos, medicinales, religiosos y rituales estaban íntimamente compenetrados y formaban un complejo orgánico de creencias y prácticas indisolublemente unidas. El mismo Oviedo llegó a captar esa organicidad de sus creencias: “Una cosa yo he notado de lo que he dicho y pasaba entre esta gente, y es que el arte de adivinar (o

pronosticar las cosas por venir), y cuantas vanidades los cemíes daban a entender a esta gente andaba junto con la medicina e arte mágica.”

#### OBRAS DE CONSULTA

Alberti Bosch, Narciso. *Apuntes para la prehistoria de Quisqueya*. La Vega: Imprenta El Progreso, 1972, Vol. I

Chanca, Diego Alvares. “Carta al Cabildo de Sevilla. 30 de enero 1494.” Ed. Martín Fernández de Navarrete. Colección... Madrid: 1925.

Colón, Cristóbal. *Carta a Luis de Santángel Anunciando el Descubrimiento del Nuevo Mundo*. E. Carlos Sanz. Madrid: Gráficas Yagues, 1961.

\_\_\_\_\_. “Diario de Navegación”. *Historia de las Indias*. I, 178-329. Ed. Bartolomé de las Casas. México: Fondo de Cultura Económica, 1965.

De Boyrie Moya, Emil. *Monumento Megalítico y Petroglifos de Chacuey*. Ciudad Trujillo: Universidad de Santo Domingo, 1965.

\_\_\_\_\_. “*Cinco Años de Arqueología Dominicana*”. Santo Domingo: Universidad de Santo Domingo, 1960.

Fernández de Oviedo, Gonzalo *Historia General y Natural de las Indias*. Madrid: Biblioteca de Autores Españoles, 1959.

\_\_\_\_\_. *Sumario de la Natural Historia de las Indias*. México: Fondo de Cultura Económica, 1950.

Gower, Charlotte D. *The Northern and Southern Affiliations of Antillean Culture*. Menasha, Wis.: American Anthropological Association, 1927.

Las Casas, Bartolomé de *Apologética Historia Sumaria*. Madrid: Biblioteca de Autores Españoles, 1958.

\_\_\_\_\_. *Historia de las Indias*. México: Fondo de Cultura Económica, 1965.

Lovén, Svén *The Origins of the Tainian Cultures*. Gotemburg, 1938.

Linton, Ralph. *Estudio del Hombre*. México: Fondo de Cultura Económica, 1965.

Pérez de Oliva, y Hernán. *Historia de la Inuención de las Indias*. Ed. José Juan Arrom. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1965.

Pichardo Moya, Felipe. *Los Aborígenes de las Antillas*. México: Fondo de Cultura Económica, 1956.

Pinchon, Le Révérend Pere. “Les Peuples Precolombiens dans les Petites Antilles et Leurs

Migrations." *Memoria del V Congreso Histórico Municipal Interamericano*. I, 155-167. Ciudad Trujillo: El Caribe, 1952.

Rivet, Paul. *Los Orígenes del Hombre Americano*. México: Fondo de Cultura Económica, 1960.

Rouse, Irving. "The West Indies —The Arawak— The Carib." *Handbook of the South American Indians*. Vol. IV, 481-565. New York: Cooper Square Publishers, 1963.

\_\_\_\_\_. "The Southeast and the West Indies." *The Florida Indians and its Neighbors*. Ed. John W. Griffin. Winter Park, Fla.: Inter-American Center, Rollins College, 1949.

\_\_\_\_\_. *Prehistory in Haití*. A Study in Method. New York: Yale University Publications in Anthropology, 1964.

Sauer, Carl Ortwin. *The Early Spanish Main*. Berkeley: University of California Press, 1966.